

IV

DISCURSO DEL PROF. TADEUSZ STYCZEN, S.D.S.

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Gran Canciller, Excelentísimo y Magnífico Señor Rector, Miembros del Claustro de profesores, Señoras y Señores:

Quiero expresar ante todo mi agradecimiento al Gran Canciller de la Universidad de Navarra, a toda la corporación académica y, particularmente, a la Facultad de Teología, por el honor que hoy se me confiere.

Un hijo de Polonia, un representante de la gran tradición católica y teológica polaca se encuentra hoy ante vosotros, en esta ciudad de Pamplona, rica también en tradiciones, situada en la península ibérica, en el extremo occidental del continente europeo.

Polonia y España, dos naciones que, por su situación geográfica evocan el conjunto de Europa. Ese hecho me lleva, al recibir aquí el doctorado *honoris causa*, a hacerme una pregunta: ¿qué es lo que determina el momento histórico de la Europa de este *Anno Domini* de 1994?

La presente situación cultural y política del Viejo Continente puede ser descrita como un estado de sitio de Europa por Europa. La Europa de la fuerza de la razón: *plus ratio quam vis*, se ve mortalmente amenazada por la Europa de la razón de la fuerza: *plus vis quam ratio*. Y ese estado de sitio perdura.

Pero ¿no es un diagnóstico de este tipo una suposición carente de fundamento para la Europa contemporánea, que, día a día, con creciente efectividad rechaza los restos del totalitarismo comunista? ¿No es ésta una acusación infundada, cercana incluso a la calumnia? ¿No pertenecen ya la violencia y la coerción definitivamente al pasado, al menos en el Continente Europeo? ¿No sabe acaso de la caída del comunismo, aquél que se atreve a formular un diagnóstico de este tipo para la Europa de hoy? o ¿habrá quizá desatendido la apelación a las conciencias hecha por «Solidaridad»? ¿Tal vez se quedó dormido el día 4 de junio de 1989, fecha de las primeras elecciones

libres en Polonia después de medio siglo y que ha pasado a ser un acontecimiento decisivo para la historia de toda Europa?

Frente a aquéllos que —encontrándose en cualquier lugar de Europa— piensan que este diagnóstico acerca de la situación espiritual europea es erróneo o, más aún, lo consideran como un intento de crear problemas que no existen o de dramatizar imaginaciones propias, queremos presentar a un niño, como hiciera una vez Cristo con sus discípulos. Para ser más precisos: presentamos un Niño No-nacido. Al poner un No-nacido frente a dichas personas, lo ponemos simultáneamente frente a Europa. En nombre de este niño dirigimos a Europa una pregunta, para la que esperamos una respuesta sincera:

¡Europa!, ¿eres realmente solidaria con todos y cada uno de los hombres?

Si lo eres, ¿por qué no has resistido la tentación de consentir en la condena a muerte de hombres inocentes e indefensos en nombre de la ley y del Estado, hecho que parece particularmente degradante después de la solemne declaración de solidaridad entre todos los hombres?

La respuesta a esta pregunta es la «piedra de toque de la verdad» para el diagnóstico antes dicho acerca de la situación espiritual de Europa en el año 1994.

Contra lo que pudiera parecer, esta respuesta en ningún caso es sólo una respuesta a la pregunta de si el hombre indefenso será salvado en Europa por Europa. En verdad esta pregunta plantea simultáneamente el interrogante de si Europa será salvada por sí misma. Ya que, lo que se pregunta es si Europa está o no de acuerdo en aniquilar el principio de igualdad de todos los hombres frente a la ley, con ayuda de la ley. Y si Europa consiente en la aniquilación de este principio, debemos preguntarnos por qué razón podría hacerlo, si no es en virtud del poder de los fuertes sobre los débiles. Puesto que serían justamente los débiles los que habrían perdido todo derecho a la protección de su vida a los ojos de Europa. Y esto no porque hayan dejado de ser hombres, sino sólo porque no son capaces de oponer el poder propio al poder de los fuertes. El hecho de que sean hombres ha dejado de ser para Europa un motivo sufi-

ciente para proteger legalmente su vida. De este modo, la violencia se ha convertido en ley, apropiándose del poder de legislar. Pero ¿no equivale esto a la muerte de la ley? ¿No es esto la muerte del Estado? Y, por último, la más importante en esta serie de preguntas retóricas: ¿no es esto la muerte por suicidio de Europa?

En esta situación, ¿no es la hora de escuchar el imperativo moral que impulsa a apresurarse a fin de ayudar al suicida?

¿Cómo puede hacerse esto con eficiencia?

La única oferta efectiva de salvación es extraordinariamente simple. Es el mismo Niño No-nacido, que fue puesto por Europa legalmente fuera de la ley, el que hace a Europa esta oferta:

«¡Sálvame a mí para salvarte a ti misma!»

La voz de los débiles e indefensos, que sólo con un «grito de silencio» claman por la salvación, es acompañada hoy por el grito de las víctimas indefensas de la violencia en Bosnia y Herzegovina y por su llamada a Europa clamando protección frente a la agresión mortal...

De este modo, los más débiles y desheredados de Europa, los condenados a muerte por la fuerza de la ley o expuestos por ella a la total arbitrariedad del agresor, son los que examinan hoy la europeidad de Europa: la examinan sobre la solidaridad con el hombre. Y a pesar de que Europa ha reprobado ya en más de una ocasión este examen, ellos continúan ofreciéndole hoy la única posibilidad de salvación.

¿Escogerá Europa su autosalvación, decidiéndose por la solidaridad con cada hombre, o elegirá —por el contrario— su autodestrucción, con la derrota de los más débiles de entre los hombres, violentando de este modo el mismo ser del hombre, ser que a su vez constituye el único fundamento para que la ley pueda ser llamada ley, el Estado, Estado y para que la misma Europa pueda llamarse promotora de los derechos humanos? Europa misma ha proclamado por boca de sus más grandes sabios: *hominum causa omne ius est constitutum* (el hombre es la razón de ser de la ley). ¿Podrá hoy esta Europa —la Europa de la razón, la Europa de la sabiduría— resistir la presión de la Europa de la ignorancia, la Europa del poder,

que se jacta de poseer aquella erudición que H. Marcuse no dudaba en calificar como «idiotismo científico» y que Erasmo de Rotterdam, si viviera hoy, ciertamente denominaría «estupidez erudita»? ¿Será capaz Europa de salvar su propia imagen, su identidad humana? ¿Se convertirá Europa en la Patria de los hombres y para los hombres; en aquella Patria, en la que ningún hombre deba temer por su vida a causa de las leyes democráticamente aprobadas?

¡Esta es la pregunta!

«Nos encontramos en el corazón del drama...»: ¡que la generación de nuestros hijos no necesite avergonzarse de la deshonra de sus padres!

Consciente de la seriedad del imperativo moral que impone el momento histórico que nos toca vivir y con ocasión de los quince años de pontificado de Juan Pablo II, la Universidad Católica de Lublín organizó el año pasado un encuentro bajo el lema: «*¡Europa, sálvate a ti misma!*». En el marco de este encuentro quisimos reflexionar acerca de las posibilidades y vías para «poner en forma» a Europa, con espíritu de responsabilidad por la configuración moral de Europa a la vuelta de siglo... *De Europa emendanda Europae colonium...*

¿Qué Europa entregaremos a la primera generación del tercer milenio europeo?

En el fondo, desde Pamplona y a la vez desde Lublín —la ciudad de la unión de 1569— quisiera dirigir a toda Europa una misma pregunta:

— la pregunta «*Plus vis quam ratio*» o «*Plus ratio quam vis*», con la que —en nombre de la defensa de la cultura europea— el Rector de la Universidad Jagelónica de Cracovia —Pawel Wlodkowiak— se dirigió, inmediatamente después de la derrota del poder militar de la Orden de los Caballeros Teutónicos en Tannenberg (Grunwald), en 1410, al Concilio de Constanza, donde habrá, ciertamente, encontrado a sus colegas, los juristas de Salamanca;

— la pregunta «¿Soy yo acaso rey de las conciencias humanas?», formulada más tarde en Cracovia por el rey Sigismund August poco después de la «mesa redonda» de Augsburgo, en la que,

en 1555, católicos y evangélicos pronunciaron la sentencia: «*Cuius regio, eius et religio*»; sentencia sobre la verdad y la libertad de conciencia, que supone una deshonra para Europa; la pregunta «¿De qué se trata con todo esto?», con la que protestó en favor de Polonia el ministro Józef Beck (en Varsovia en mayo de 1939), denunciando el vejatorio compromiso con la Alemania totalitaria de Adolf Hitler elaborado por Occidente en Múnich en 1938. Polonia arriesgaba de este modo conscientemente la pérdida de la propia soberanía nacional, en nombre de la salvación del «espíritu y la honra de Europa».

Dirijo hoy, con mi experiencia de Lublín y encontrándome en Pamplona, esta pregunta a toda Europa, especialmente a todos aquellos que comprenden su sentido más profundo. La dirijo a todos aquellos que están simplemente dispuestos a salvar Europa para Europa.

Resumamos nuestra apelación con la pregunta del poeta Karol Wojtyła:

«¿Puede acaso la historia nadar contra la corriente de las conciencias?» (*Myślę Ojczyzna, Pensando la Patria*).

Sabemos que puede hacerlo. Pero sabemos también que eso sería la historia de la muerte moral, por suicidio, de Europa. Por esto urge tocar la campana de alarma, para no tener que tocar la campana del horror...

*«La muerte de cada hombre me empequeñece,
porque estoy ligado a la humanidad.
Por tanto jamás me preguntes
por quién doblan las campanas;
ellas doblan por ti».*

Estos versos, esta interpelación del poeta británico John Donne, en los que se expresa la conciencia de la magnífica tradición europea, se convierten —tanto en Lublín como en Pamplona, donde tengo ahora el privilegio de expresar este mensaje— en nuestra propia interpelación y llamada. La voz de nuestras conciencias debe

convertirse en la voz de aquél, a quien no quedó más que el «grito del silencio»; la voz del indefenso que clama sin palabras:

«¡Europa: sálvame a mí para salvarte a ti misma!»

«La muerte de cada hombre me empequeñece, porque estoy ligado a la humanidad», repetiré con John Donne.

¡Europa, las campanas doblan hoy por ti!

Con estos sentimientos en el alma, agradezco de todo corazón la distinción que la Universidad de Navarra se ha dignado concederme.

V

DISCURSO DEL GRAN CANCELLER EXCMO. Y REVMO. SR. ÁLVARO DEL PORTILLO

Excelentísimos Señores, Dignísimas Autoridades, Ilustre Claustro de esta Universidad, Señoras y Señores:

Por segunda vez tengo la alegría de presidir una sesión solemne del Claustro universitario, para conferir, con el protocolo tradicional, la máxima distinción académica de la Universidad de Navarra. Dos circunstancias singulares me mueven especialmente a elevar hoy el corazón en acción de gracias a Dios. Por una parte, se trata del primer acto académico que presido como Gran Canciller después de la elevación a los altares del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. En la lápida conmemorativa situada en la escalera noble de este edificio, se recuerda con bellas palabras latinas que el Beato Josemaría «después de muchos años de oración, fundó en 1952 esta Universidad, la fecundó con su espíritu, impulsó su desarrollo, y con su vida santa y sus enseñanzas mostró para siempre a toda la Corporación académica el camino de la verdad en libertad y caridad». Para todos los que formamos parte de la Universidad de Navarra, tiene un profundo significado que quien fundó esta Universi-